

LA POESIA: PALABRA DEL SILENCIO*

Edmond Jabès

Me gustaría someter a ustedes algunas breves reflexiones que, más que respuestas a preguntas distintas, precisas, son el tímido intento de cernir lo que, en nuestra preocupación de exactitud y apoyándonos sobre algunos criterios cómodos, aunque a menudo infundados, nos hemos acostumbrado a designar con el nombre de *prosa* y el de *poesía*.

¿Habría, en la escritura como en la vida, momentos privilegiados con relación a otros? En ese caso, podríamos definir la poesía como uno de esos momentos, si no temiéramos inquietar a la prosa, relegándola a un rango inferior.

Menos sospechosa que fluctuante sería, quizás, la frontera entre prosa y poesía. ¿Y si esta frontera no fuese sino la oscilación de la palabra de una a la otra; del umbral al umbral, pasaje de la escritura a la escritura del tiempo, la distancia abolida?

Aquí están esas notas...

La poesía no es lo contrario de la prosa. Si comparo una página de escritura con un jardín, tendré, en un principio, tendencia a ver en la rosa la misma imagen del poema: pero sería un grave error.

La poesía es la enemiga de la apariencia. Es pertenencia inmemorial. Más bien, del jardín sería la tierra fecunda, húmeda -esta milagrosa humedad del suelo en sus profundidades. Podría ser, también, savia y raíces.

*Leído en el Festival de Poesía de Florencia, 1986.

La poesía funda nuestra relación en el mundo. Por eso, al contemplar la rosa, en un momento dado ya no la vemos a ella sino a otra flor que, aunque ha conservado su nombre de rosa, nos interpela como flor del secreto; secreto en flor, rosa imaginaria, que deja libre curso a nuestra imaginación.

Y sin embargo, la poesía apela más que a la imaginación a nuestra insospechada facultad de ver y de oír.

Es, en lo *creado*, lo que se crea, a medida que eso *creado* nos solicita y nos subyuga.

Es fascinación de un increado; lo informe de donde nacerá la forma, un increado que, poco a poco, se convertirá en nuestra creación.

¿Llegará a habitarlos la poesía? En ese caso, estaríamos autorizados a preguntarnos si existe, en nosotros, como tal, o bien si no es, simplemente, la capacidad que tendríamos -capacidad del poeta- de expresarnos plenamente; si no está en esta plenitud de la expresión que habríamos alcanzado con nuestros propios medios; si no es, por último, una extraordinaria experiencia del lenguaje.

Sólo habría, pues, poesía porque hay poetas -como sólo hay amor porque hay enamorados.

Pero si es el objeto de nuestro interés -ser o cosa- quien provoca en nosotros el deseo -¿qué sería un deseo sin objeto?- eso quiere decir que sólo de él proviene nuestra facultad de poner en palabras lo que hemos recibido en reciprocidad de dones; ¿de ponernos, a nuestra vez, en palabras?

Escribir sería, en esta hipótesis, despertar.

No hay límites a lo escrito que no sean límites del escritor.

Ilimitada, la forma se asfixia en sus límites. ¿Pero qué es una forma que ha perdido sus contornos?

Si el objeto, la palabra existen, es porque pueden ser circunscriptos.

¿De dónde viene, entonces, que ha menudo se nos escapan?

Sólo buscamos la recalada que hacemos y a la que nos resignamos.

¿Diríamos que este insuficiente acercamiento es el punto de partida de una aventura de la forma que consistiría, para ella, en hundirse en su noche hasta donde es todavía ella misma, siendo apenas deseo compartido: participación de un deseo insatisfecho en el cual nos reuniríamos?

Lo increado precede a la creación, pero estando siempre por crear, a la vez lo sucede.

El poema es, quizás, lo que la escritura *puede* y *ama*.

¿Pero alguna vez sabremos todo lo que ella quiere? Ella quiere más de lo que puede, en ese "más" se inscribe el pasaje de la prosa a la poesía.

La escritura sólo se enfrenta a la escritura.

Océano. Océano.

Poner en acto la propia vida es, ya, abrirse a la poesía.

Todo hombre de acción es, sin saberlo, un poeta, porque la poesía que es, en sí, exceso de todo exceso, eterno comienzo de todo comienzo, da un sentido a la acción, su sentido último, el que tiene para nosotros la creación.

Las palabras del poema pertenecen al gesto de escribir; gesto que tiene sobre ellas, tanto como sobre el poeta, poder de vida y muerte.

¿Puede pensarse, en su imprevisible despliegue, una existencia?

Toda existencia es pensamiento de eternidad vivida en su adquirida cotidianeidad.

Lucidez del día.

La poesía piensa, *se piensa* en el interior de la poesía; en lo más intenso de su debilidad, a la que nos arrastra.

Habría pues un pensamiento propio de la poesía. ¿Por qué asombrarnos? ¿No hay una lógica propia de la poesía?

¿Lógica que trastorna a la lógica, volviéndola a cuestionar en sus bases mismas?

Todo libro de poesía es un libro de razón.

Lengua de fuente, fuente de la lengua, lenguaje del lenguaje, prendado no de sí mismo sino del universo que contiene, la poesía no podría ser disociada de la prosa ya que *ella es su infinito*.

Lo que la poesía quiere no difiere mucho de lo que quiere el vulgar guijarro: volverse transparente, no ser más que cristal, universo cristalino.

Es, unas veces, la conmoción del agua, causada por la caída de una piedra insólita y, otras, claridad del agua, herida en su limpidez.

¿Y si debiera su realidad a esta herida? ¿Y si esta herida fuera la de la primera palabra?

Nacimiento. Esperanza de una vida.

La escritura tiene sus rellanos, sus diferentes niveles de plenitud.

Escribir sería, quizás, escalarlos.

La palabra soberana es palabra del desierto. Palabra del silencio. Es advenimiento de verdad, en medio de nuestras palabras pulverizadas.

Arena. Arena.

Hay un secreto que no es el misterio sino lo que se calla en cada vocablo vuelto hacia lo desconocido.

Secreto de las palabras que han de venir. Paciencia de los mañanas desarmados.

¿Y si el misterio fuese la evidencia?

Quedaría por interrogarla.

Me referiré de inmediato -y eso podría servirnos de ejemplo- a los grandes textos de la tradición judía.

Como el poema, el texto judío es el fruto de una lógica creadora de la cual es el único en beneficiarse.

Lógica que desafía a la lógica, incorporándola allí donde se hunde y porque la evidencia crea problema.

La pregunta es la siguiente: “¿Y si *lo que es* no fuese?” ¿Y si lo que *es*, fuese todavía otra cosa que probaría la existencia de lo que es, anulándolo y renovándolo?

Pasar por la negación para encontrar la afirmación primera -pero después de haberle hecho sufrir toda clase de transformaciones, habiéndola probado al extremo.

La lógica de los grandes pensadores judíos es, en su especificidad, cercana a la de los poetas.

Preguntas y comentarios judíos son también interrogaciones y meditaciones de escritor.

Se diferencian, sin embargo, en un punto: la lógica del poeta, partiendo de lo que él adivina, percibe, oye por instinto en sí y alrededor de sí; la del pensador judío, de su voluntad de llegar, en la lectura que él hace, más allá del texto divino, sabiendo, pertinentemente, que este más allá es todavía un más acá.

El humor judío ha nacido de esta lógica que, en sus momentos de tregua, de distracción, hace oscilar la lógica -o lo que consideramos tal, generalmente en forma equivocada- en el absurdo.

El humor no es lo cómico. No existe en realidad lo cómico judío.

Dentro de esta perspectiva podríamos quizás deducir que el humor es *poesía* y lo cómico *prosa*, pero eso sería ir demasiado lejos. La comparación, sin embargo, en su excesivo resumen, sigue siendo, creo, válida en parte.

Todo sucede entre la afirmación: “Es eso” y la comprensible duda que

despierta: “¿Y si no fuera eso?”; entre la objetiva -¿pero qué es la objetividad?- comprobación y la perversa duda.

Campo inmenso de exploración del universo, del hombre y de las cosas, donde lo maravilloso bordea lo pálido diario; donde la presencia se mide por la ausencia y el dolor por la alegría.

¿Y si el secreto de la poesía fuese su escondida parte sagrada?

Más de una vez me ha sucedido abordar el *Talmud* o los libros de la Cábala como grandes textos de iniciación a la poesía, al secreto.

Dios, antes del hombre, ¿pensó el mundo en poeta? Su palabra es creación.

El universo, en ese caso, no sería sino Su poema.

Legible eternidad.

Perennidad de lo legible.

Eternidad del libro.

Traducción: Ida Vitale

(Publicado por la revista *Vuelta*,
nro. 122, México, enero de 1987).

